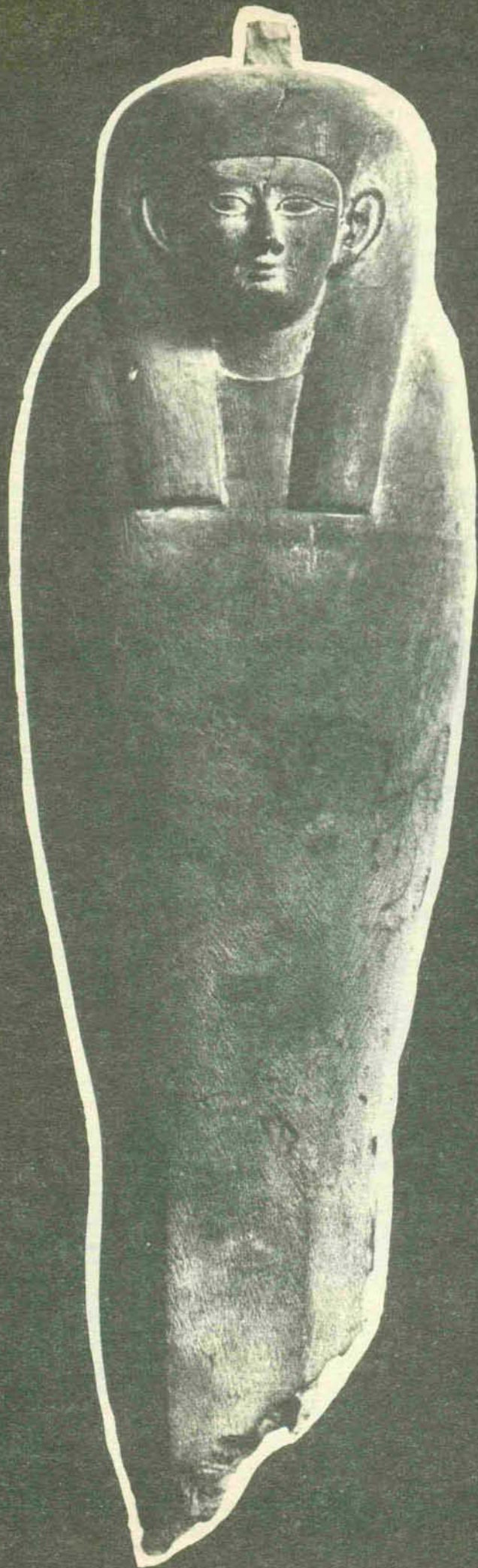


Un mundo en transición



«Osiris de pie» (madera).
Arte egipcio del período
tardío, siglos VII-IV a. de J.C.,
47,7 cm. (Col. The Walters
Art Gallery, Baltimore,
Maryland).

La Era de Osiris

Arnold Brown

Tomado de THE FUTURIST

Publicado originalmente por The World Future Society, Washington, D. C. © 1980 World Future Society.

LA actual ola de cambios es desconcertante para muchas personas que han dependido de instituciones que ahora están invalidadas o se desintegran. Al parecer, los métodos antiguos ya no funcionan ni en los procesos gubernamentales ni en los sociales. El futurista Arnold Brown examina algunos de los conflictos y contradicciones que nos acosan, y postula su tesis de que los «retoños» de una nueva sociedad empiezan a surgir, igual que en el antiguo rito de fe el dios egipcio Osiris surgía cada año de sus restos desmembrados para renacer. Brown, consejero de importantes organizaciones gubernamentales y de la empresa privada se ha dedicado a la planificación a largo plazo y preside un grupo de consultoría en planificación y administración estratégicas con sede en la ciudad de Nueva York.

Primero fue la Era de Acuario, según lo proclamó en los Estados Unidos la revista musical *Hair*. Era una nueva época de paz, amor y armonía, el reverdecimiento del mundo, el triunfo de la fraternidad. Luego vino la Era de Narciso, la «generación yoísta», iluminada por figuras tan diversas como el historiador Christopher Lasch y el escritor Tom Wolfe. Fue un período de egoísmo, autobombo y autocondescendencia. Aquí ofrezco modestamente una tercera caracterización de nuestros tiempos: la Era de Osiris.

Osiris, deidad principal de la antigua religión egipcia, era descuartizado ritualmente y renacía cada año, lo cual simbolizaba el ritmo de la vida en las riberas del Nilo. Como Osiris, nosotros también atravesamos quizá por una transformación, la más reciente entre las que se ha señalado la historia humana, como la Reforma, la Revolución Industrial y el Renacimiento. Como la historia lo demuestra, en dichas trans-

formaciones las instituciones que componen la estructura de la sociedad que agoniza se desmoronan y ese derrumbe es una condición imprescindible para que puedan erigirse las nuevas instituciones de la nueva sociedad. Las instituciones viejas impiden el desarrollo de una nueva era, la cual tiene nuevas necesidades y nueva gente.

Muchos eruditos concuerdan en que esa transformación está teniendo lugar ahora. El sociólogo de Harvard Daniel Bell, por ejemplo, ha escrito abundantemente sobre la transformación hacia lo que él llama la sociedad postindustrial. La historiadora Barbara Tuchman tituló su obra más reciente, una crónica de la Europa del siglo XIV, *A Distant Mirror* («Un espejo distante»), conforme a su creencia de que la transformación que en el siglo XIV llevó de la sociedad medieval a la renacentista refleja nuestra propia era de transformación. (Una diferencia capital entre aquella época y la nuestra es que en el siglo XIV no

tenían el privilegio, que nosotros disfrutamos, de contar con observadores eruditos capaces de reconocer y denominar aquella transformación como, digamos, «el posmedievo»).

Lo que ahora llamamos narcisismo puede ser simplemente lo que ocurre a la gente que se encuentra entre las viejas instituciones y las nuevas, en una especie de compás de espera mientras distingue nuevas posiciones que adoptar. Cuando en una fiesta o en un avión se pregunta a la gente quién es, casi en todos los casos responde mencionando sus afiliaciones.

«Soy contador de General Foods, vivo en Nueva York, soy de religión episcopal, estoy casado, tengo dos hijos, me gradué en Tale, etcétera».

Ese individuo no nos ha dicho quién es: nos ha hablado de sus instituciones. Es un hecho que tendemos a definirnos, al menos delante de otros, en términos de nuestras afiliaciones institucionales. (Es significativo que la gente más joven de la generación de posguerra sea menos propensa que sus mayores a ese modo de proceder.)

Por supuesto que las instituciones se resisten a desaparecer. Se presenta el fenómeno por el cual el logro de una meta institucional declarada pasa a segundo término frente a la conservación de la propia institución. Por eso vemos que las instituciones amenazadas contraatacan: así surgió la reacción islámica, la cruzada del retorno a lo fundamental de la educación, el embate del llamado movimiento neoconservador; y el asombroso auge del movimiento evangélico cristiano en los Estados Unidos.

En consecuencia, parece que existen oscilaciones pendulares o ciclos en que las instituciones sufren altibajos, lo cual induce a los observadores a pensar que la historia se repite indefinidamente. Sin embargo, una observación más cuidadosa demuestra que el péndulo nunca regresa totalmente al punto de partida. Lo que parece el resurgimiento de antiguas instituciones suele ser el nacimiento de otras nuevas que se alojan en la vieja piel, tal como el cristianismo primitivo adoptó la apariencia de las religiones locales para propiciar su aceptación.

A consecuencia de este torbellino institucional, en la sociedad se produce una especie de personalidad dividida. Las más obvias paradojas y dicotomías proliferan en la sociedad, e incluso entre los individuos, con mucha mayor intensidad e incluso entre los individuos, con mucha mayor intensidad que en tiempos menos turbulentos.

Todo esto se manifiesta ahora en algunas de las principales fuerzas motrices de la sociedad estadounidense. Un ejemplo es la dicotomía centralización/descentralización en todos los sectores de la sociedad: la creciente federalización del gobierno; la paulatina consolidación de las empresas por la cual unas cuantas com-

pañías grandes controlan más industrias; la centralización de los datos mediante la computadora; la centralización de los medios informativos.

Al mismo tiempo, hay un impulso igualmente fuerte hacia la descentralización. En el gobierno de los EUA, el conflicto entre las ramas ejecutiva y legislativa y la creciente agresividad de los gobiernos estatales hacen que la verdadera centralización sea todavía más difícil de alcanzar. El florecimiento del espíritu empresarial en el sector privado estadounidense, señalado por el aumento sustancial de egresados de escuelas de comercio que optan por fundar sus propias compañías o que van a trabajar a empresas pequeñas y no a las más grandes, es un fuerte contrapeso de la consolidación.

Otro ejemplo de nuestra época esquizoide se aprecia en las actitudes hacia la ciencia y la tecnología. Presentar a esta última como el villano que amenaza nuestra vida y nuestro bienestar es un tema que ha caracterizado a gran parte de la literatura estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial, y resulta significativo que esto se evidencia con mayor claridad en la ficción científica. El movimiento «retorno a la naturaleza» tiene un fuerte sesgo antitecnológico. Los nuevos luditas han demandado a la Universidad de California, exigiendo que se le prohíba inventar maquinaria agrícola capaz de desplazar a los trabajadores del campo. El concepto de tecnología apropiada, que postulara el finado E. F. Schumacher, requiere que restrinjamos la tecnología para mantenerla bajo el control humano.

Al mismo tiempo, el interés del público por la ciencia y la tecnología nunca había sido tan grande.

Los signos de tensión sobre las instituciones se perciben por doquier. Las instituciones gubernamentales, insertas en tradiciones anquilosadas, parecen incapaces de funcionar cuando tratan de resolver las nuevas situaciones con estructuras anticuadas. El sistema bipartidista de los EUA ya no proporciona coherencia y control en el Congreso. La rama ejecutiva se torna cada vez más grande y más burocrática e ingobernable. Sin embargo, bajo la superficie surgen nuevos vástagos que serán capaces de superar los obstáculos y proseguir las funciones del gobierno.

En el Congreso se ha formado nuevas estructuras, como las juntas de dirigentes, para llenar el vacío que dejaron en la organización los debilitados partidos políticos. La primera de esas juntas se formó en 1970; ahora hay más de 20. En los últimos años han proliferado también los llamados grupos ad hoc, que proporcionan puntos focales para los intereses de sus miembros.

Al recrudecerse el conflicto entre el Congreso y el Presidente, la tercera rama del gobierno

de los EUA —la judicial— asume un papel más importante e incluso llega a convertirse en una legislatura *de facto*. A la larga, esto y los esfuerzos del Congreso limitan las facultades de los organismos reguladores federales que, hasta ahora, han sido relativamente irresponsables. El resultado de toda esta confusión es sorprendentemente, un sistema gubernamental mucho más dúctil hacia las necesidades diarias de lo que suele apreciarse. Entre tanto, dentro de ese sistema se están produciendo cambios sustanciales y significativos.

Una consecuencia de este estira y afloja es lo que los medios informativos han llamado con desenfado el ocaso del liderazgo. Los reporteros y comentaristas, desde su habitual perspectiva unidimensional, aseguran que oyen el clamor del pueblo que pide liderazgo y que no han visto que dicho clamor haya tenido respuesta. El hecho es que quizá la gente es cada vez más renuente a ser dirigida.

Muchos expertos en ciencias sociales han descrito y lamentado lo que parece ser una pérdida de espíritu comunitario en la sociedad estadounidense. Aseguran que, como si estuviéramos en una máquina centrífuga que girase cada vez más aprisa, los elementos individuales se están fragmentando. Un resultado de esto es que los norteamericanos toman decisiones contrarias a las políticas establecidas por el gobierno o las empresas, o bien crean nuevas políticas. Este fenómeno se remonta al menos hasta la guerra de Vietnam e incluye ejemplos tales como la negativa del público a aceptar los cinturones de seguridad obligatorios en los automóviles, así como el auge en las ventas de pequeños automóviles extranjeros a pesar de la enorme capacidad de la industria automotriz estadounidense.

Otra manifestación de ese tipo es la decadencia de la autoridad: «la degradación del sacerdocio profesional». Los médicos ya no son dioses. Los expertos de todo tipo —y quizá sobre todo los científicos— son impugnados en forma creciente. En virtud del mayor nivel educacional, el más fácil acceso a la información y a la opinión mediante los medios electrónicos; los cada día más frecuentes debates públicos entre expertos acerca de asuntos tan fundamentales como la energía nuclear; y el esclarecimiento de mentiras de carácter oficial, la gente se ha vuelto más escéptica y tiende más a pensar y normar su conducta conforme a su propio criterio o intuición.

El torbellino y el cambio institucional son quizá más evidentes en las instituciones religiosas. Uno de los ejemplos más notables es lo ocurrido con el movimiento evangélico cristiano en los EUA.

Este movimiento incluye ahora a unos 45 millones de fieles, muchos de los cuales, o quizá la mayoría, consideran que han regresado a

«una época mística ya ida», una era de certidumbre y fe rígidamente definidas. Han construido su propia comunidad cristiana como una salida a la sociedad secular que los rodea. Esto incluye «conjuntos para la vida integral dentro de la iglesia» compuestos por casas, tiendas, bancos, restaurantes, moteles, salas de belleza... certificados como cristianos. El movimiento tiene su propia red de televisión (que ahora ocupa el cuarto lugar entre las mayores y sigue creciendo), 1.300 radiodifusoras, 2.300 librerías, compañías de discos, un gigantesco emporio editorial, su propio directorio nacional de empresas cristianas y mucho más. Cuenta también con su propio sistema educacional, con más de un millón de niños que asisten a más de 5.000 escuelas evangélicas primarias y secundarias, en las cuales la interpretación fundamentalista de la Biblia es la base primordial del conocimiento.

Resulta significativo que estas personas pugnen por crear algo que supla lo que tradicionalmente se había considerado una sociedad secular se ha vuelto demasiado secular y no suficientemente cristiana y que, por lo tanto, busquen su propio camino de regreso.

Están creando quizá una teología cristiana radicalmente nueva que coloca el acento en la administración y no en la posesión del mundo y sus riquezas. Es decir, que se reúnan para conservar y proteger la creación de Dios no para explotarla. Si consideramos que el sistema de valores estadounidenses se ha basado en una fe optimista en la expansión sin límites, esto no representa en realidad, si nuestros informes son precisos, una alteración fundamental.

Para muchas personas que consideran que su seguridad depende de su afiliación a instituciones poderosas, la marejada de cambios que caracteriza nuestra época es horripilante. Se ven a sí mismas al borde del mar de Occidente, a punto de ser devoradas por el abismo, sin otra perspectiva que las tinieblas, plagadas de monstruos desconocidos y temibles. Otros vaticinan un nuevo mundo feliz, una utopía, donde la destrucción de las instituciones de hoy liberará a los seres humanos para que lleguen a ser como ángeles.

Tomen ustedes el partido que gusten. En realidad no sabemos lo que el futuro nos depara. Quizá vendrá una nueva Era de Oscurantismo o nos veamos bañados por la luz de un nuevo Renacimiento. Si de algo podemos estar seguros es de que la humanidad posee un instinto de supervivencia aún más fuerte que el de sus instituciones. La muerte de éstas no implica forzosamente la muerte de las personas. Como el nadador neófito, debemos creer que no nos ahogaremos si nos dejamos ir.

El verdadero mensaje de la leyenda de Osiris no es que haya sido descuartizado, sino que logró renacer. ■ A. B.